

vadoras, y una de las cosas que hay que conservar en el mundo británico es la vieja intolerancia protestante. Pronuncióse, pues, en plena universidad de Oxford el nombre de D'Israeli, y obtuvo una salva de aplausos; pronuncióse el nombre ilustre de Gladstone, y hubo una tempestad de silbidos; pronuncióse el nombre inmortal del demócrata Brigh, y hubo de silbidos un huracán. Yo estoy seguro de que si el espectáculo se repite en Cambridge ó en Harrow, sobre la colina, cerca de Londres, los silbados serian los conservadores D'Israeli y lord Stanley. Pero probadlo en Paris y vereis aparecer el tricordio y el sable del sargent de ville. No quiero decir lo que sucedería en España. En Londres no se quejan ni los gefes de la oposicion ni los gefes del gobierno. Saben que en las alturas de la sociedad la vida es dura y difícil y se resignan á las tristezas que acompañan como un cortejo de sombras infernales á las mas espléndidas glorias del mundo.

Seguramente no hay en la historia movimiento alguno que honre á un pueblo, como el movimiento de la opinion pública á favor de los católicos de Irlanda, honra á Inglaterra. Imaginaos esta Inglaterra que cree deber al protestantismo, como Roma al paganismo, su poder, su gloria: la union de las tres islas, el dominio incontestable sobre las ondas: imaginaos una religion de Estado, sobre cuya naturaleza, sobre cuya ciencia no disputo, pero bajo cuya advocacion han vencido los ingleses á la Invencible de Felipe II, han sujetado el genio titánico de Napoleon, han sometido las Indias y han creado en América esa joven nacion, gloria de su anciana y respetable madre; imaginaos las luchas gigantes sostenidas entre los papistas y los protestantes, por las cuales se explican las desventuras de la raza nacional de los Estuardos, muerta en el destierro, y las venturas de la raza extranjera de los Oranges, venida desde Holanda á conquistar un trono, pasando sobre las leyes del país y sobre la honra de su vieja dinastía; imaginaos tantos poderes todavía de pie, tantos recuerdos todavía vivos, tanta sangre todavía no evaporada; y en medio de estos elementos de resistencia, los vencedores, los dominadores, los protestantes mismos, pidiendo que sus enemigos los católicos no paguen esa Iglesia nacional, en cuyos brazos han nacido, á cuyo pecho se han amamantado sus almas, parte de su nacion, una de las raíces de su vida, y pidiéndolo con el aplauso mismo de ese pueblo que en la embriaguez de su estólido fatalismo, quemaba todos los años la efigie del Papa; y decidme si puede darse nada mas glorioso, y si la libertad educa á una raza tarda de entendimiento hasta elevarla sobre todas las creencias, á la region serena de los principios eternos de justicia, que parecia hasta aquí reservada á los profetas del mundo social, á los tribunos del pensamiento, á los reformadores y á los filósofos; á las águilas intelectuales capaces de recoger en su retina, sin deslumbrarse, los resplandores de la verdad. ¿Pues qué, hace tanto tiempo de la saña protestante, de la intolerancia protestante, de la salvaje fuerza con que eran ahogados los derechos de aquellos que creían, por educacion ó por convencimiento, en la presencia real, en los sacramentos católicos, en la soberana autoridad del Pontífice? En 1780, á causa de una ligera concesion hecha á los católicos, Londres fué incendiado y saqueado por las turbas protestantes. No se permitia á los soldados de la religion romana tener un sacerdote de su culto en el ejército. Se les enviaba á la muerte y se les negaba los consuelos supremos de la muerte. Eran forzados, para mayor violencia, á presenciar los oficios protestantes y á oír los sermones en que se maldecian los artículos capitales de su fé. Las leyes de 1793, que hacian algunas ligeras concesiones, ni siquiera se observaban á principios del siglo en esta nacion de escrupulosa observancia de las leyes.

En el concordato de Weestford se aplicaban las

leyes sobre sublevacion á los católicos que se reunian á oír misa en miserables graneros, como los primeros cristianos en las catacumbas. No podian siquiera formar parte del jurado, ni servir como sheriffs, ni como subsheriffs. La irritacion contra ellos era tanta, que un jurado absolvió á un campesino protestante convicto de haber asesinado á un católico. Se creaban comisiones de orangistas encargadas de velar para que los donativos de los católicos á las escuelas pasasen por una serie de ficciones legales á los colegios protestantes. Mientras se despojaba así á las escuelas católicas de Irlanda, votaba el Parlamento en pleno siglo decimonono, cuarenta y cuatro mil libras esterlinas para las escuelas que mas se distinguian por su fanatismo anglicano. Llevóse el celo hasta arrancar á familias, como la de Carthy, sus hijas, para educarlas en religion enemiga de la religion de sus padres. Se violaron todas las leyes de la naturaleza, todos los derechos de la paternidad. El mas gran poeta inglés, aquel genio sublime que consagró su palabra á la emancipacion de los católicos, pudo decir á sus correligionarios: «Los canibales se comen la carne de los muertos; vosotros las almas de los vivos.» Pero hay tales recursos en la libertad, que un grande orador, O'Connell, poniendo el pie en la tribuna, arrojándose de los derechos ingleses, logró penetrar al través de las nieblas de todas estas supersticiones, luchar con el océano tempestuoso de la vida inglesa y coronar su elocuencia con la emancipacion gloriosa de su raza. Pero esta emancipacion no llegó á sus últimas consecuencias. Los irlandeses, aunque en su mayoría católicos, pagan la Iglesia anglicana de Irlanda, excesivamente rica, y por lo mismo excesivamente costosa al pueblo. Esta es una de las causas mas profundas de su malestar, porque á un tiempo hiere su conciencia religiosa y su pobre peculio. Como decia, con razon, uno de los primeros oradores ingleses: «Los árabes miran á la Meca, los indios á Jerusalem, para invocar á su Dios; y los irlandeses miran al Occidente, á la gran república de los Estados-Unidos, donde es perfecta la libertad religiosa y el Estado no paga ningun culto.» Su malestar presente y el amor á ese lejano ideal, ha estallado en manifestaciones tan terribles como las manifestaciones de los fenianos. En otro país, á estas manifestaciones se hubiera contestado con el hierro y con el fuego. La Inglaterra, sin dejar de reprimirlas en todo aquello que turba el orden público, busca sus causas, y á estas causas, legítimas satisfacciones. Un hombre que ha merecido de la reina alta confianza, de la aristocracia muchas distinciones, de las clases conservadoras apoyo; un hombre que ha sido largos años ministro, Gladstone, no vacila en ejercer el magisterio altísimo de tribuno, herir profundamente las preocupaciones de su nacion, y ponerse al frente de un movimiento reformador de la Iglesia de Irlanda, arrastrando á favor de su trascendental y progresivo pensamiento, no tan solo á los liberales, sino á la mayoría de la Cámara de los Comunes. En países menos educados por la libertad, la reforma relativa á la Iglesia de Irlanda hubiera sido formulada por algun filósofo y su triunfo remitido á una revolucion; pero aquí donde toda idea se formula en el mismo espacio concedido á la publicidad, por el respeto al derecho individual, y adquiere partidarios por la constante práctica de la asociacion, aquí la reforma de la Iglesia de Irlanda ha entrado vencedora en el Parlamento. Por eso la tribuna inglesa es el primer poder de Europa. Sus altas cimas son las primeras en reflejar los albores de las nuevas ideas. Y no creais que no encuentra obstáculos el movimiento reformista. A tres votaciones en que la oposicion ha triunfado, la reina ha respondido manteniendo el ministerio. El Parlamento que ha votado tales reformas será disuelto. A pesar de los cortos plazos de que se puede

disponer, el nuevo parlamento se reunirá á fines de Diciembre, con arreglo á la última reforma electoral que tanto extiende el derecho de sufragio. D'Israeli cree que esta grande extension le será favorable, porque tacha la reforma propuesta por sus enemigos de poca práctica, y por consecuencia contraria al genio de este pueblo y al carácter de su política, y cree posible renovar contra ella los odios protestantes, no bien apagados todavía. Últimamente la corporacion de los sastres le ha dado un banquete. El gefe de esta orgullosa aristocracia no se desdén de presidir reuniones de artesanos, porque sabe bien que la primera virtud de Inglaterra es su trabajo. Para comprender toda la fuerza de estas asociaciones, hay que ver en Londres sus palacios, parecidos á los palacios de los reyes. Por eso todo un presidente del Consejo habla á los sastres de su política, de su conducta, de su pensamiento, como pudiera hablar á una reunion de diplomáticos. En los países acostumbrados de antiguo á la servidumbre, se llega á creer incompatible la política con el trabajo. Zapatero, á tus zapatos, se suele decir entre nosotros cuando un artesano eleva su inteligencia y su alma hasta confundirla con el alma y la inteligencia de la humanidad de la patria. Aquí no; los asuntos de Inglaterra son asuntos de cada uno de sus hijos. Las verdaderas elecciones se verifican en las juntas preparatorias para designar los candidatos, puesto que luego el escrutinio es pura fórmula; y en tales juntas todo el mundo toma parte, hasta los extranjeros, que pueden hallarse de esta suerte revestidos por un momento de la envidiable dignidad de ciudadanos ingleses. Pues bien, D'Israeli ha hablado de la reforma pintándola con sombríos colores; ha dicho que puede destruir en mil pedruzcos el cetro de la reina y el poder británico; que no es un pensamiento liberal, sino un pensamiento demagógico. Yo fio en el buen sentido del pueblo inglés; yo creo que triunfará la reforma.

Esa poderosísima Iglesia anglicana, que por espacio de tres siglos ha dirigido la conciencia de este gran pueblo; que ha entrado vencedora bajo los agudos arcos de Westminster levantados por la edad media á la fé católica, cuyos reflejos todavía se descubren por aquellas místicas ogivas; que ha construido, como una rival de San Pedro de Roma su magestuosa basilica de San Pablo, para abrigar gerarquías de obispos y de sacerdotes mas ricos y mas poderosos que los obispos católicos del continente; esa Iglesia, que ha visto á la gran ciudad de Londres lanzarse á las llamas y arder en un incendio infinito por conservar su intolerancia, será hoy expulsada de Irlanda en nombre de los derechos de la conciencia humana, y mañana, en plazo mas ó menos breve, separada del Estado británico en nombre de la justicia.

Pensad, amigos míos, pensad un momento, vosotros que dedicados de antiguo al titánico trabajo de abrir surcos en las inteligencias para sembrar las ideas, comprendéis las dificultades de toda propaganda; pensad en los prodigios de reaccion que necesita un protestante, educado en estos hogares tan sombríos como una fortaleza, tan severos como un templo, para levantarse anteosamente sobre su educacion y tender la mano á los eternos enemigos de su fé y de su raza, á los oprimidos y oscuros, á los católicos de Irlanda. Y esta resolucion, que es profundamente constitucional, porque la constitucion británica reposa en la confusion de la Iglesia y el Estado; que es profundamente religiosa, porque la Iglesia anglicana descansa en el reconocimiento del privilegio de su dogma sobre los dogmas católicos, y que es profundamente social porque va á disolver propiedades acumuladas por los siglos; esta revolucion cuya trascendencia no cabe ni en el ilimitado seno del pensamiento humano, tiene de

su parte á esa grande asociacion liberal de Inglaterra, compuesta en su mayoría de comerciantes que saben unir á los cálculos matemáticos de sus atrevidas operaciones el culto espiritual de las ideas.

La supersticion combate esta reforma usando los mismos argumentos que contra la libertad usan todos los reaccionarios del mundo. Yo creo estar en sueños, allá entre los neo-católicos de España. Un protestante fanático sostiene la célebre teoria de no sé cuál de nuestros mas célebres reaccionarios; dice que no se puede tratar ni contratar con los católicos, porque no son hombres de bien los que no profesan la religion protestante. Guerra á los jesuitas, á los papistas, á los enemigos de la patria, á los traidores, á los que quieren perder la nacion, á los que se han conjurado contra la grandeza británica; guerra á muerte á los reformistas.

La pasion de uno y otro lado es intensa, calurosísima. ¿Concebís algo que pueda exceder en grandeza á un lord corregidor de la ciudad de Londres? Su magistratura tiene algunos puntos de contacto con la magistratura de los antiguos Dux de Venecia. Es el gefe de la mas gran república de comerciantes conocida en el mundo. La fiesta de su instalacion se puede comparar á los ruidosos triunfos de los emperadores romanos. Para entrar en sus dominios municipales necesita la reina de Inglaterra pedirle tres veces permiso, llamar tres veces á sus puertas. El carruaje del principe de Gales habrá de cederle el paso y darle la preferencia. Es el rey de la ciudad; es el almirante de este puerto adonde llegan todos los navíos del mundo; es la primera magistratura de este barrio inmenso donde se hallan banqueros mas ricos y mas poderosos que todos los monarcas del continente reunidos. Pues mirad lo que acaba de sucederle, y decid luego que no se pueden imitar las libertades inglesas, porque las libertades inglesas son ordenadas, y desordenadas las libertades del continente. El lord corregidor actual debe su eleccion á los liberales. Sin embargo, en uno de los últimos meetings celebrados en St. James-Hall, se expresó en varios discursos de extraordinaria energia contra el proyecto relativo á la Iglesia de Irlanda. Nadie puede negarle su derecho de tener una opinion sobre los asuntos de su patria. Pero allí estaba llamado á presidir la reunion y no á manifestar sus propias opiniones. Convocó para el lunes veintidos de Junio otra reunion en Guildhall, como si dijéramos, la casa de Ayuntamiento; edificio extraño, muy parecido á las construcciones de este país, en que al lado de una ventana ó un muro gótico hay una columna ó un pórtico griego. Los liberales se hallaban resentidos por su conducta en la última reunion; los reaccionarios decididos á manifestarle extraordinarias simpatías. El salon es capaz de seis ó siete mil personas. Los campos se hallan muy divididos. Las injurias mas groseras caen mutuamente sobre cada uno de los enemigos bandos. El ruido es infernal. Entra el lord corregidor, y los aplausos mezclados con los silbidos estallan formando la mas ruidosa algazara imaginable. Para oír gritar es necesario venir á Inglaterra y escuchar estas fraguas titánicas de los pulmones ingleses. Siete mil ciclopes no aturdirian como la gritería de estos hombres acostumbrados á hablar entre el ruido de las olas y el ruido de las máquinas. El lord corregidor se empuña en la plataforma presidencial en acalorada discusion con un alderman del partido liberal. Nadie sabe qué quieren ni qué dicen. La discusion toma el gesto de disputa, la disputa degenera en riña. El lord recibe golpes, empuellones, puñetazos en el pecho, entre las ráfagas de un huracán de imprecaciones infinitas. Mientras tanto, en el patio, á las puertas de aquel mismo salon donde la aristocracia mercantil de la ciudad no habia podido entenderse, un gran número de trabajadores que

no llegaron á penetrar en el salon, celebraban un meeting, censuraban soberanamente al gobierno D'Israeli y á la reina que lo sostiene, condenaban la conducta del lord corregidor y á los diversos miembros de aquella reunion tempestuosa, decidían que la abolicion de la Iglesia protestante en un país católico, era una pretenda de union segura entre Inglaterra é Irlanda, y conjuraban á los lores, á ese gran senado de patriotas, á dar su asentimiento al bill de Gladstone, proponiendo la suspension de todo nombramiento y de toda dignidad oficial en la Iglesia irlandesa; y de esta suerte demostraban que el pueblo inglés ha perdido su fanatismo antiguo y llegado á la madurez de su juicio, siendo por tanto digno ya de ver convertidos los antiguos privilegios de algunos en los derechos de todos.

(Continúa.)

CRÓNICA DE MÉXICO.

Prensa de la Capital.

DIARIOS DE AYER.

La CONSTITUCION SOCIAL habla de las leyes de los Estados: se propone examinar si el Congreso general tiene ó no facultad para revisar y anular las leyes que en los Estados se expidan; cita como preliminar ó punto de partida el art. 126 de la Constitucion, y deja pendientes sus observaciones para otro día.

EL MONITOR, bajo el título de Los ecos del pueblo, inserta un artículo del Sr. Payno en que se recuerdan los testimonios de simpatía de que fué objeto el Sr. D. Mariano Riva Palacio, presidente del Ayuntamiento, el 26 del pasado, día de su cumpleaños. Dice el Sr. Payno que aquel día por la noche una comision del pueblo fué á felicitar al Sr. Riva Palacio, y que uno de los comisionados le dirigió un discurso, el cual está inserto en el artículo. Redúcese á ponderar la post racion general de los negocios, la falta completa de recursos y la espantosa miseria que invade á las clases menesterosas, por lo cual la comision excitó á nombre del pueblo al Sr. Riva Palacio á que hiciera algo personalmente y por medio de sus numerosos amigos, para que el Gobierno dicte algunas providencias salvadoras con que remediar la triste situacion en que se encuentran los artesanos honrados que han derramado su sangre por la patria.

EL GLOBO dice que el Gobierno ha resuelto la cuestion sobre competencia de los tribunales que deben conocer de los juicios militares en segunda instancia, de la misma manera que Alejandro desató el nudo gordiano, cortándole con la espada. Hace varias reflexiones encaminadas á manifestar que el Gobierno no ha tenido facultades para dar sobre este punto la solucion contenida en la circular de 18 del pasado. El Sr. D. Augustin Siliceo es el autor de este artículo.

La REVISTA UNIVERSAL publica su VII y último artículo con observaciones al proyecto de constitucion del Estado de Querétaro.

EL CONSTITUCIONAL habla de la cuestion de Puebla: dice que en ella se han introducido elementos hostiles al Gobierno federal; cree que la presencia de Negrete entre los sublevados tiene una significacion desgraciada que hace imposible toda contemporizacion, y manifiesta, en fin, su sentimiento de que aquel conflicto no haya podido terminar sin division